

dré de todo gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de estos ricazos que hacen sus negocios manejando los del Estado ; un acentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles exquisita ; la mesa propiamente cubierta y bien servida ; pero descubrí en los dueños de la casa cierta especie de ridículo , que me divirtió infinitamente. El dueño , aunque de nacimiento baxo y de educacion grosera , afectaba modales caballerescas y á lo grande. Su muger , bien que horriblemente fea , se imaginaba adorable , y decia mil necedades , sazoadas con un acento vizcaíno que las daba un gran realce. Fuera de eso estaban sentados á la mesa quatro ó cinco niños con su Ayo. Considerad ahora quanto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo , señores (dixo Don Alexo Seguir) cené con una comedianta , con Arsenia. Eramos seis de mesa : Arsenia , Florimunda , una niña amiga suya , maja de profesion , el Marques de Zenete , Don Juan de Moncada , y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir equivoquillos galantes. ; Pero qué noche ! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son grandes ingenios , ni de las mas agudas : pero ¿ qué importa ? Su desembarazo y desenvoltura valen bien las mas delicadas agudezas. Son dos criaturas alegrísimas , vivacísimas y loquísimas ; y estas me gustan mas que las juiciosas , modestas , y mas discretas del mundo.

CA-

CAPITULO IV.

Adquiere Gil Blas amistad con los criados de los petimetres ; secreto que estos le enseñaron para lograr á poca costa la reputacion de hombre agudo ; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.

Prosiguieron aquellos señoritos en divertirse de esta manera hasta que Don Matias , á quien yo ayudaba á vestir , se halló en tren de poder salir de casa. Díxome entónces que le siguiese ; y todos los quatro petimetres tomaron juntos el camino de la casa donde habia ofrecido conducirlos Don Fernando de Gamboa. Comencé , pues , á marchar detras de ellos , juntamente con los otros tres criados , porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus respectivos amos , imitando su ayre y movimientos. Saludélos á todos , como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera , y uno de ellos , despues de haberme mirado atentamente por un breve rato , me dixo : hermano , cónozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad , le respondí , porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mí tambien,

re-

replicó él; todavía hueles á Provincia, porque te veo tímido, embarazado, y observo en la accion un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbatarémos y te pulirémos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió. Está cierto y muy cierto que no hay hombre tan desaliñado y tan selvático á quien no sepámos pulir y desbatar.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que estaba en la cofradía y en la hermandad de unos buenos hijos, no dudando ya que en breve tiempo me harian un mozo de todo garbo. Quando llegámos á la tal casa hallámos ya preparada la mesa y dispuesta la comida, que Don Fernando habia tenido cuidado de ordenar desde la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosótro nos dispusimos á servirles. Comenzáron á comer y á chacharear con mucha alegría, y era para mí grandísima diversion el verlos y el oírlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertian infinitamente. ¡Qué viveza! qué chistes! qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Quando se sirviéron los postres y la fruta les presentámos muchas botellas de los mejores vinos extrangeros, y levantados los manteles nos retirámos los criados á otro quarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi quadrilla eran hombres de mu-

cho

cho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar las modales de sus amos; afectaban tambien hablar el mismo language, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á la reserva de un cierto ayrecillo de nobleza, que no sabian imitar, en todo lo demas parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y su desembarazo; pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de Don Fernando, en atencion á que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del festin, y llamando al dueño de la casa, le dixo: maestro Andres Mantuano, traednos diez botellas del vino mas generoso de España que tengais, y segun lo acostumbrado, cargadlas en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él, pero, señor Gaspar, ya sabe Vmd. que el señor Don Fernando me está debiendo muchas comidas, si por medio de Vmd. pudiera cobrar algun dinerillo... ¡Oh! respondió el criado, no tengais pena por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho seqüestrar nuestras rentas; pero mañana harémos que se levante el seqüestro, y sereis pagado de todo lo que contuviere la cuenta sin exáminarla. Tráxonos el vino, no embargante el seqüestro, y bebimos poderosamente mientras llegaba el dia de que

que este se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos hacíamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros respectivos amos. El criado de Don Antonio llamaba *Gamboa* al de Don Fernando, y el de Don Fernando llamaba *Centellas* al de Don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando baxo estos nombres postizos; ni mas ni ménos como lo habian hecho nuestros señores amos baxo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dexaron de mostrarse bastante contentos de mí. Amigo *Silva*, me dixo uno de los ménos tartamudos, espero que harémos de tí algo de bueno. Veo que tienes fondo y genio; pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso ¿quántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir quanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil impertinencias, como entre ellas te se escape algun dichico agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose un concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto

y

y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirla me pareció tan fácil y practicable, que juzgué no debía despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuvé la fortuna de mezclar, entre mil extravagancias, algunas agudezas, que me merecieron grandes aplausos de toda la brigada. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Redoblé con tragos la charlatanería para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dixo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarre? Aun no há dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy distinto del que eras. Cada dia te irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de calidad. Insensiblemente eleva y ennoblece el espíritu: efecto que no se experimenta en el servicio de gente baxa, y ni aun en la de mediana condicion. Sin duda, le respondí; y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! exclamó el criado de Don Fernando, que ya estaba entre

tre dos vinos. No es dado á la gente baxa el tener pensamientos altos, ni genios superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagámos juramento por la Laguna Stigia de no servir jamas á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fué á media noche, lo que á mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano fué por ir á ver una maja que vivia en el barrio de Palacio, y que tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á quarenta años, perfectamente linda todavía de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, (que segun se decia) vendia mas caros los rebuscos que lo que habia vendido las primicias de su belleza. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Poníanse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y miéntras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran ménos joviales que sus amas. En fin nos separa-

mos

mos todos luego que la aurora se dexó ver, y cada uno se retiró á descansar por su parte.

Mi amo se levantó á medio dia como acostumbraba. Vistióse, salió, siguióle, y entrámos en casa de Don Antonio Centellas, donde encontramos á un tal Don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser petimetres se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñándolos á brillar en el gran mundo, y á disipar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dixo Centellas á mi amo: á fe, Don Matias, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un mayorazguillo que ha convidado hoy á comer al Marques de Zenete y á Don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas de la partida. Pero cómo se llama ese tal? preguntó Don Matias. Se llama Gregorio Noriega, respondió Don Alvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los paises extrangeros, y al partir le dexó un grandísimo caudal. Gregorio es un pobre tonto, muy dispuesto á comer y gastar todo su dinero haciendo de petimetre, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no se lo quiso conceder. Púsose en mis manos para que le gobernase; yo

TOM. I.

LL

lo

lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de sus rentas está ya medio comido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centellas, y espero verle presto en el Hospital. Vámonos Don Matias, conozcámos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello dixo mi amo, porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos villanos, que presumen hombréar y confundirse con nosotros. Como por exemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los Grandes, obligaron á vender su misma casa. Oh! replicó Don Antonio, ese tal no merece que se tenga lástima de él, porque no es ménos necio, ni ménos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron, pues, mi amo, Centellas y Don Alvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centellas, y yo fuimos tambien tras de ellos, ámbos á dos muy persuadidos á que nos esperaba una gran bucólica, y ámbos tambien muy contentos de contribuir por nuestra parte á la ruina de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en preparar la comida, y nos vino á las narices un olór de cocina, que prevenia el olfato muy en favor del gusto. Acababan de llegar el Marques de Zenete, y Don Juan de Moncada. Dexóse despues ver el dueño de la casa, que desde lue-

go me pareció un solemnísimo tonto aforrado en lo mismo. Afectaba inútilmente el ayre y las modales de los petimetres; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba á ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar quanto tenia. Señores, dixo Don Alvaro, este es el señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento á Vmds. como uno de los mas cabales y mas perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, es un jóven muy cultivado. Escojan Vmds. lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografía. Oh, señor, eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio sonriéndose de muy mala gracia. Yo sí, señor Don Alvaro, que podia retrucar á Vmd. el argumento, porque Vmd. sí que es aquello que se llama un pozo de ciencia. Cierto, replicó Don Alvaro, que no fué mi ánimo procurarime una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del Señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo (dixo Don Antonio) lo que admiro en él, mas aun que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas que trata. En lugar de buscar comerciantes solo gusta de tratar con caballeros, sin dárselo nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tie-

ne unos pensamientos tan nobles y tan elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguiéron otros muchos en todo semejantes. Vistiéron de pies á cabeza al buen señor; y de quando en quando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre babazorro. Al contrario, todo lo convertia en substancia tomando á la letra quanto le decian, y se mostraba muy contento de sus taimados huéspedes; pareciéndole que le hacian mucho honor quando le hacian ridículo. En fin él fué el hazme reir todo el tiempo que duró la mesa, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasáron los señores míos en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni ménos como nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos quando salimos de casa del señor Gregorio.

CAPITULO V.

Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Despues de haber dormido algunas horas me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, miéntras despertaba el amo fuí á hacer mi corte al mayordomo, cuya vanidad me pareció se complacia del

cuidado que yo ponía en rendirle mis respetos. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien á la vida que hacian los señores. Respondíle que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que era antes, pasé de repente á vivaracho, atolondrado, intrépido y aturdido. Complimentóme sobre mi metamorfosis el criado de Don Antonio, y me dixo, que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener aventuras amorosas. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria en un petimetre; que todos nuestros camaradas estaban amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de ser mirado con buenos ojos por dos damas de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dixé: amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no acierto á concebir como se han podido prender de un hombre de tu condicion dos damas distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad verdaderamente! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho baxo los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor, aprendí bien las modales, y fuíme al paseo público. Hice guiñadas y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis